

CONTENIDO PARA ORAR CON LA NATURALEZA

TIERRA, AGUA, AIRE, FUEGO



COMPRA *ONLINE*
EN **PPC-EDITORIAL.ES**



Miguel de Santiago

MANUALES
DE ORACIÓN | 10



Dirección editorial

Francisco Javier Navarro

Coordinación editorial

Mario González Jurado

Edición

Herminio Otero

Diseño, maquetación y portada

Antonia Rivero Moreno

Ilustraciones

Pilar de la Fuente

Fotografías

Miguel de Santiago, 123RF

© Miguel de Santiago

© PPC 2019

Parque Empresarial Prado del Espino

Impresores, 2

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.es

Comercializa: PPC Editorial y Distribuidora, SA

ISBN: 978-84-288-3419-3

Depósito legal: M-18092-2019

Impreso en la UE / *Printed in UE*

LA CREACIÓN ENTERA PROCLAMA LAS GRANDEZAS DEL SEÑOR

Cuando finalizaba el año 2012 aparecía mi voluminosa obra *El camino del alma hacia el Amor*, publicada por la Universidad Pontificia de Salamanca. En ella quedaba recopilada mi obra poética completa hasta el momento, seis poemarios, acompañada de unos prolijos comentarios literarios y teológicos. Ahora, pocos años después, doy a la luz este libro que inicialmente llevaba el título de *Naturaleza y Dios. La creación entera proclama las grandezas del Señor*.

La crítica ha visto y analizado la coherencia del «iter» religioso de la obra poética que he publicado: la intensificación del progreso en la escalada y el incremento de los movimientos para alcanzar la cumbre del Amor. Ese itinerario:

- Comenzó con *Catálogo de insomnios*, finalista del Premio Adonáis de 1972: una meditación ascética que dejaba abierta una puerta a la esperanza.
- Continuó veintidós años después con *Parábolas del sueño*, accésit del XIV Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística: una vía iluminativa inspirada en el Evangelio para comprender la historia humana en una historia de salvación: la existencia del hombre como peregrinación hacia el encuentro con Dios.
- Y culminó con el tercer poemario de la trilogía, *Vigilia*, XVI Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística en 1996: la vía unitiva celebrada con los grandes símbolos que velan y, al mismo tiempo, revelan el misterio de la salvación.

En esta trilogía la comunicación de los mensajes teológicos y la comunicación poética suelen utilizar el lenguaje tradicional de las palabras, también el de los símbolos. Estos son mediaciones, una forma de expresión y, por tanto, una forma de comunicación y de conocimiento de la realidad simbolizada, expresada, manifestada. Y como esa realidad es Dios, los símbolos velan y revelan, al mismo tiempo, y también sirven para adentrarse en el misterio *via pulchritudinis*.

Siguieron después otras tres publicaciones:

- Un libro inmediatamente posterior, *Recordatorio*, XV Premio de Poesía Antonio Machado de Sevilla, en cierto modo circunstancial, escrito tras la muerte de mi padre y elegíaco en línea manriqueña, abundaba en la línea religiosa que lleva a comunicar y a cantar la gran esperanza del cristiano.
- *Variaciones sobre una partitura de Vivaldi*, Premio de Poesía Provincia de Guadalajara en 2001, recorre las estaciones del año como símbolo de las fases de la vida del hombre en este mundo haciendo de ellas la alegoría de las etapas ascético-místicas.
- Y *La siega*, que hasta 2012 estuvo inédito, evoca las faenas de la recolección como el momento culminante de la satisfacción y felicidad del ser humano y del sincero agradecimiento al Creador que compensará las fatigas de este mundo...

Por la contemplación de la creación a la oración

El libro que ahora tiene el lector entre manos ha sido incluido en una colección dedicada a manuales de oración. En él se han incluido imágenes y textos que faciliten la oración y la contemplación.

Es evidente que hay muchas formas de oración, distintas maneras de acercarse a Dios, al Misterio. Una de ellas es la contemplación de las maravillas de la creación, tan presentes en nuestras vidas.

Más que explicitar fórmulas concretas de plegaria al Creador, el lector encontrará aquí momentos de estupor ante la belleza del mundo, que le llevan a adentrarse en el Misterio y desde allí dar cauce a otra contemplación, la interior, y a la meditación y al encuentro con Dios.

La naturaleza se manifiesta a través de sus cuatro elementos fundamentales: tierra, agua, aire y fuego.

Estos mismos elementos han sido incorporados a la simbología religiosa y sustentan las claves teológicas de una ecología integral que sitúa al hombre en el centro de la creación. El ser humano, proveniente del «humus», de la **tierra**, como se apunta en el Génesis, necesita el **agua** purificadora del bautismo que vivifica y restaura, y posteriormente recibe el **aire**, el aliento, el soplo del Espíritu que le da sabiduría, inteligencia y fortaleza y, finalmente, es abrasado por el **fuego** regenerador que desciende de lo alto para implantar el ardor misionero...

San Francisco de Asís vive una relación con la naturaleza que va más allá de los esquemas dulzarrones que proliferarían hace unas décadas; el santo de Asís ama y alaba la naturaleza como obra de Dios Creador que merece toda alabanza. Para el espíritu la naturaleza es, al mismo tiempo, testimonio elocuente y medio para acceder a la divinidad. En modo alguno puede entenderse esto como panteísmo, como una naturalización del espíritu, sino más bien como una espiritualización de la naturaleza. Es un medio que nos sirve para, desprendiéndonos de las cosas sensibles y superándolas, ir hasta el absoluto que las sostiene, la luz que las ilumina.

La creación, el poema de Dios

La creación entera proclama las grandezas del Señor. Los salmos 19 y 100 son explícitos al respecto. En general, puede decirse que los salmos bíblicos son una escuela de oración. Con ellos se puede orar en los momentos de alegría o de lamento, de esperanza y deseo o de rabia y dolor y, sobre todo, de alabanza al Creador por la obra de sus manos. Un amplio abanico de emociones y deseos puede hacer brotar y a un tiempo desembocar en la gran corriente de amor a Dios. A ese encuentro misterioso, «místico», se llega por los senderos de intuiciones y emociones; entonces se prorrumpe en acción de gracias y en cantos de alabanza.

Platón, en *El banquete*, dice que el poeta, como el pintor, el escultor, el músico, el arquitecto, es un artista llamado a engendrar belleza, a contemplar la belleza del mundo, descubrirla, manifestarla, ofrecerla; en suma, a poner el arte al servicio del mundo para redimirle de tanta desesperanza paralizante y devolverle al entusiasmo de reanudar el camino y liberarse de tanto extravío.

La creación es el poema de Dios; en ella ha derramado la belleza. El teólogo francés **Marie Dominique Chenu**, en línea con la doctrina del Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes* 62cd), pedía que se prestara atención a las realizaciones artísticas, tanto literarias como plásticas, dado que ellas no son «solamente ilustraciones estéticas, sino verdaderos *lugares* teológicos».

El artista cuando expresa la belleza también crea. En su *Carta a los artistas*, año 1999, **Juan Pablo II** escribe:

«Quien percibe en sí mismo esta especie de destello divino que es la vocación artística –de poeta, escritor, pintor, escultor, arquitecto, músico, actor, etc.– advierte al mismo tiempo la obligación de no

malgastar ese talento, sino de desarrollarlo para ponerlo al servicio del prójimo y de toda la humanidad» (n. 3).

Benedicto XVI, en una de sus habituales audiencias generales, la del 31 de agosto de 2001, afirmaba lo siguiente:

«Quizás, algunas veces, les ha sucedido, ante una escultura, un cuadro, algunos versos de poesía, o una pieza musical, percibir en el alma una emoción íntima, una sensación de alegría. Es decir, percibir claramente que, ante vosotros, no había solo materia, un pedazo de mármol o de bronce, una tela pintada, un conjunto de letras o un cúmulo de sonidos, sino algo más grande. Algo que “habla”, capaz de tocar el corazón, de comunicar un mensaje, de elevar el alma.

Una obra de arte es el fruto de la capacidad creativa del ser humano, que se interroga ante la realidad visible, intenta descubrir su sentido profundo y comunicarlo a través del lenguaje de las formas, de los colores y de los sonidos. El arte es capaz de expresar y de hacer visible la necesidad del hombre de ir más allá de lo que ve, manifiesta la sed y la búsqueda de lo infinito. Aún más, es como una puerta abierta hacia lo infinito, hacia una belleza y una verdad que van más allá de lo cotidiano. Y una obra de arte puede abrir los ojos de la mente y del corazón, impulsarnos hacia lo alto. Pero hay expresiones artísticas que son verdaderas sendas hacia Dios, Belleza suprema, más aún, son una ayuda para crecer en la relación con Él, en la oración. Se trata de obras que nacen de la fe y que expresan la fe. [...]

Queridos amigos, os invito a redescubrir la importancia de este camino también para la oración, para nuestra relación viva con Dios. La ciudad y

los pueblos en todo el mundo conservan tesoros de arte que expresan la fe y nos llaman a la relación con Dios. La visita a estos lugares de arte, entonces, no sea ocasión solamente de enriquecimiento cultural –también esto–, sino, sobre todo, que pueda convertirse en un momento de gracia, de estímulo para reforzar nuestra unión y nuestro diálogo con el Señor, para detenerse a contemplar –en el pasaje de la simple realidad exterior a la realidad más profunda que se expresa aquí– el rayo de belleza que nos llama la atención, que casi nos “hiere”, en lo íntimo y nos invita a subir hacia Dios. Termino con una oración de un salmo:

“Una sola cosa he pedido al Señor,
y esto es lo que quiero vivir
en la Casa del Señor todos los días de mi vida,
para gozar de la dulzura del Señor
y contemplar su Templo” (Sal 27,4).

Esperemos que el Señor nos ayude a contemplar su belleza, tanto natural como en las obras de arte, y ser de esta manera tocados por la luz de su Rostro, de manera que también nosotros podamos ser luz para nuestro prójimo».

Dios habla a través de la belleza

La admiración ante la belleza del mundo por sí sola no se transforma en oración, pero es el camino indispensable para llegar a ella. **Bernhard Häring** decía que, cuanto más progresa una persona en la oración, tanto mayor es su admiración por lo creado, porque todo le habla de la grandeza, de la majestad, de la sabiduría y de la bondad de Dios.

También está la palabra de Dios en lo creado. Podemos escuchar la voz de Dios que nos habla a través de

la belleza de las montañas altas y los valles frondosos, de los mares inmensos y los arroyos fecundantes, de los huracanes violentos y la suave brisa del atardecer, de los volcanes furiosos y el sol apacible del mediodía... Todo cuanto nos rodea se convierte en oración si adoramos y alabamos a su Creador y le respondemos demostrando responsabilidad frente a la realidad circundante.

La encíclica *Laudato si'* del **papa Francisco**, en 2015, exhorta al cuidado de la casa común que habita la humanidad entera, porque nada de lo creado debe sernos indiferente, dado el destino común de todos los bienes.

La oración nace de la vivencia de los momentos de asombro, admiración, alabanza, acción de gracias, en suma, de la libertad interior que da no estar apegado a las cosas materiales. También de la intuición. Contemplar la naturaleza, saber leerla, provoca al espíritu y da materia de meditación y reflexión, al tiempo que libera de un peligroso subjetivismo. La oración personal, íntima, hecha en el retiro y la soledad, lleva al encuentro, nos sitúa cara a cara con Dios: para hablarle y para escuchar su palabra. Así entenderemos que todo es gracia...

El reciente magisterio de la Iglesia –el del Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes* 62) y sobre todo el de los papas **Pablo VI** (*Discurso a un numeroso grupo de artistas italianos en la Capilla Sixtina*), **Juan Pablo II** (*Carta a los artistas*) y, por supuesto, **Benedicto XVI** (*Discurso a un grupo de artistas en la Capilla Sixtina, Discurso en la inauguración de la exposición que conmemora el 60.º aniversario de su ordenación sacerdotal, Audiencia general del miércoles 31 de agosto de 2011*)– ha insistido en que las realizaciones artísticas tienen gran importancia para la vida de la Iglesia, porque abordan los problemas del hombre y su esfuerzo por conocerse, perfeccionarse y diseñar un futuro mejor. Y si bien ha sido fácilmente

aceptado este principio cuando se hace referencia a las artes plásticas y a la música, no suele ser asumido cuando se trata de obras literarias.

La poesía expresa el misterio inherente a la vida creada por Dios

Las páginas de este libro son otra apuesta decidida en la reivindicación de la poesía como lugar teológico.

Está claro que estas páginas, como las de otros poetas de nuestros días, contienen poesía genuinamente religiosa, quizá no devocional de modo expreso, pero sí provocadora del encuentro con Dios transitando caminos de contemplación e intuición; provocadora tanto para el propio autor como para los posibles lectores.

De modo más o menos explícito en mis versos aparecen aunadas poesía y teología. Ambas son comunicación del ser humano consigo mismo y con el mundo que lo rodea y en ambas se revela el rostro de Dios y su proyecto salvífico para la humanidad. Como sacerdote y poeta, creador de la palabra y servidor de ella, asumo una misión profética y sacerdotal, prestando la voz a la humanidad, actuando como intermediario entre Dios y los hombres, escuchando la voz de Dios en un indefinible momento de inspiración, haciéndola mía y transmitiéndola a cuantos quieran sintonizar o adherirse a esa corriente.

He escrito en otro lugar que, si bien es cierto que la poesía viene desde Dios y va –a través del poeta– hacia el hombre, también lo es que surge en el hombre y se dirige –a través del poeta– hacia Dios. Sacerdote y poeta son creadores de la palabra y están al servicio de ella. El poeta es, en cierto modo, sacerdote. Y este es, en cierta medida, poeta.

Solo la lírica de calidad puede servir de cauce comunicativo del misterio, de lo sagrado. Todos los esfuerzos

del poeta resultarán vanos si las palabras, las imágenes y los símbolos utilizados no están en la misma onda de las inquietudes, las esperanzas y las amarguras de la existencia humana concreta. La poesía descubre los secretos del mundo: tanto a los poetas como a los lectores, los cuales, a su modo, también son poetas, creadores, participantes de la misma comunicación, de la misma comunión. Suele denominarse poeta a aquel que da forma a la poesía, pero, una vez que esta ha adquirido la forma, pasa a ser de los lectores y a vivir en ellos, que son los que constantemente la recrean cuando se acercan y se sumergen en ella.

Y es que el poeta comunica una experiencia personal vivida, aunque esencialmente desconocida y oscura, que desborda la propia consciencia para terminar llamando, a golpe de intuiciones, emociones y sentimientos, en el alma del lector, quien asimismo termina convirtiéndose en poeta.

El poemario *Naturaleza y Dios*, como toda obra artística, trata de conmover, iluminar una realidad misteriosa, produciendo el asombro que eleve al hombre desde la oscuridad cotidiana al reino de la luz para que acometa, animado por la belleza de la creación, el viaje que le lleve hacia su destino final en Dios.

En estas páginas se produce una relación intensa entre lo creado por Dios y el hombre, también criatura suya; un éxtasis de amor, aun en medio del dolor que le produce la peregrinación por este mundo; una entrega al Misterio que encierra la belleza para entrar efectivamente en comunión con él y proclamar los secretos de este amor y ayudar y, tal vez, suscitar la experiencia en otras muchas personas.

La poesía expresa la experiencia íntima y auténtica, el misterio inherente a la vida creada por Dios. Una manera de relacionarse el hombre con lo divino, con lo

Absoluto, es a través de la belleza. Por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios, hay en el hombre espacios sensibles a los valores esenciales de bondad, verdad y belleza como reflejos de la Suma Bondad, la Suma Verdad y la Suma Belleza.

Esa experiencia se expresa artísticamente por medio del símbolo. A uno le emociona, la escribe, la crea, y a otros les asombra, entusiasma y emociona, permitiéndoles a todos sentir la belleza y hondura de las palabras que nos explican quiénes somos y cómo somos, de dónde venimos y adónde vamos. Ese es el gran momento del arrebatado, en que se produce el descubrimiento e iluminación del mundo y del hombre y sus ansias de trascendencia: la realidad queda, pues, reinterpretada. Cuando el poeta admira la creación divina que permanece plasmada en los elementos de la naturaleza y cuando se busca a sí mismo a través de la propia creación artística que expresa con belleza la belleza divina, en realidad está buscando a Dios, su creador, que lo hizo a imagen suya.

La sobriedad, la intuición quintaesenciada y la expresión enigmática, lejos de ahuyentar el encuentro con lo absoluto, ayudan a que el lector re-piense y re-actualice su modo de contemplar el mundo exterior y el modo de vivir su fe, abriéndole la posibilidad de múltiples interpretaciones, y, por tanto, de múltiples aplicaciones. Entre ellas, la oración como encuentro personal e íntimo: en el que se habla y se escucha. Así podrá ser también testigo protagonista de que la creación entera proclama las grandezas del Señor.

MIGUEL DE SANTIAGO

UN LIBRO PARA ORAR Y CONTEMPLAR

Este precioso libro de poemas puede ser también una obra para llegar a descubrir y gustar el misterio de la naturaleza –manifestada en sus cuatro elementos fundamentales: tierra, agua, aire y fuego– y, por lo tanto, para orar y contemplar desde ella. En su preámbulo, el autor nos da las claves para lograrlo. Conviene tenerlas en cuenta.

Cada doble página forma una unidad compuesta por el poema, una imagen relacionada con el poema, y un texto, por lo general un salmo u otra cita bíblica o un fragmento de la exhortación *Laudato si'* del papa Francisco, que nos invita a cuidar nuestra casa común. Los tres elementos pueden ayudarnos a descubrir la creación como poema de Dios y a dejarnos invadir por el estupor ante la belleza del mundo y a convertir esa vivencia en contemplación y oración.

En cada caso podemos seguir este proceso:

1. **Hacer nuestro el poema:** Leerlo detenidamente y descubrir la experiencia personal que palpita tras sus palabras: ¿Qué me recuerda? ¿Qué emoción suscita en mí? ¿A qué lugares me lleva en los que he estado antes?
2. **Contemplar la imagen:** ¿Qué lugares me recuerda? ¿Qué emociones reviven en mí al verla? ¿Qué me revela del poema?
3. **Recrear el texto:** Dejar que nos hable, repetirlo transformándolo y concretarlo en otras palabras que traduzcan asombro, admiración, alabanza, acción de gracias...

Así podremos orar y contemplar a Dios, que nos regala tanta belleza.

HERMINIO OTERO





I LIBRO DE LA TIERRA

Montes y colinas...,
todo lo que germina en la tierra...,
fieras y ganados...,
benedicid al Señor, alabadlo
y ensalzadlo eternamente.

Daniel 3,75-76.81

1 **En el principio Dios creó**

la tierra sumergida en un caos terrible.
Se estremecieron las entrañas
y la vida latía por los valles
hasta alfombrarlos
con el color de la esperanza.

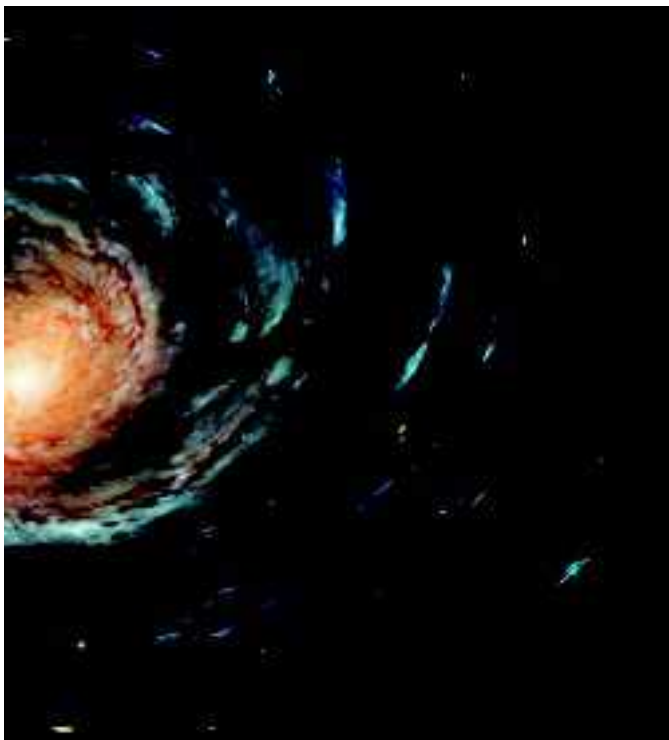
Hundía sus raíces lentamente
el árbol de la ciencia,
el árbol de la luz y de la noche.

Una roca en el monte era el testigo
de la obediencia confiada
hasta ofrecer al hijo en sacrificio.

Había soledad en los senderos vírgenes.
El hambre se extendía en las llanuras
y se alzaban plegarias hasta el cielo
suplicando sus frutos a la tierra.

Los prados se poblaron de rebaños,
los valles se cubrieron de trigales,
y al vestirse de fiesta el horizonte
brotó el jardín de Dios:
los geranios, los lirios, las hortensias
pintaban de alegría las mañanas;
los álamos, los chopos, los alisos
entonaban su música gozosa;
los claveles, las dalias, los jacintos
derramaban perfumes;
tulipanes, petunias, buganvillas
acariciaban manos asombradas...





Y dijo Dios: “¡Que exista el firmamento!”.
Y el cielo abrió su bóveda perfecta.

Y vio el Señor
que las cosas eran buenas.
¡Aleluya!

JOSÉ LUIS BLANCO VEGA

Himno para la Liturgia de las horas

➔ Allí la tierra nueva. Allí la paz
que puso en marcha los relojes cuando
el universo amanecía
y las luces primeras bostezaban.

Por los collados del Carmelo
y del Basán
y por los montes de Efraín
y de Galaad pastaron
los rebaños de Dios en días de abundancia.

Después vivieron años de desierto,
un éxodo de llanto y de penumbra...

Y, al volver a su patria nuevamente,
Adán de tierra, terrenal, el hombre,
abandonó en el légamo
el horror de las horas, de los pasos antiguos,
hasta ser rescatado en el Calvario
con monedas de sangre redentora.



Y dijo Dios: “¡Que brote hierba verde,
y el campo dé semillas y cosechas!”.

Y vio el Señor
que las cosas eran buenas.
¡Aleluya!

JOSÉ LUIS BLANCO VEGA

Himno para la Liturgia de las horas

Preámbulo. La Creación entera proclama las grandezas del Señor	3
Propuesta de trabajo. Un libro para orar... ..	13
Introito	14
I LIBRO DE LA TIERRA	16
1. En el principio Dios creó... ..	18
2. Contemplo las montañas a lo lejos... ..	22
3. Muchas veces me pierdo en el desierto... ..	24
4. Una nube camina por delante... ..	26
5. Como un sonámbulo que asoma absorto... ..	28
6. A veces nos hundimos en el barro... ..	30
7. Poco a poco esta tierra tan inhóspita... ..	32
8. Nos lleva el viento de la mano y dice... ..	34
9. Las doradas arenas de la playa... ..	36
10. Como a hijo pródigo al abrigo... ..	38
11. Hoy paseé mi llanto, solitario... ..	40
12. Estoy viendo crecer los crisantemos... ..	42
13. Yo traía en mi cara los rastros... ..	44
14. Quién enterró el amor que fermentaba... ..	46
15. Arrodillado estoy en la besana... ..	48
II LIBRO DEL AGUA	50
1. En el principio Dios creó... ..	52
2. Como el intenso azul que nos embriaga... ..	56
3. Esta complicidad de la lluvia cayendo... ..	58
4. Sabéis, acaso, si pasó... ..	60
5. Abrid, por fin, compuertas a una vida... ..	62
6. Cuántas veces detuve... ..	64
7. Mis ojos llueven el dolor de aquellas... ..	66
8. En las briznas de hierba lagrimea el rocío... ..	68
9. Por qué siempre sorprende el aguacero... ..	70

10. Los cauces del otoño...	72
11. Por los canchales del lindero...	74
12. Me dispongo a ascender...	76
13. Dios nos citó en el puerto, el mar...	78
14. Qué vendaval nos trajo esta belleza...	80
15. ¿Nunca habéis contemplado...?	82

III LIBRO DEL AIRE	84
1. En el principio Dios creó...	86
2. Aún perdura el eco...	90
3. Ahora y siempre nos abraza un viento...	92
4. Silenciosas las cítaras...	94
5. Llena el espacio...	96
6. Suavemente la brisa me susurra...	98
7. Me dispongo a aventar repletas parvas...	100
8. Si la voz rompe el aire...	102
9. Cómo vuela la tórtola...	104
10. Pájaro solitario en el alero...	106
11. Llega hasta el valle el eco acrisolado...	108
12. Derribó el huracán...	110
13. Si flotan por el aire...	112
14. Como un perfume en primavera...	114
15. Hay un arpa olvidada en el camino...	116

IV LIBRO DEL FUEGO	118
1. En el principio Dios creó...	120
2. Es la boca frutal de los deseos...	124
3. Quiero saber si la tormenta afila...	126
4. Una gran llamarada está invadiendo...	128
5. Se abrieron las entrañas de la tierra...	130
6. Hay lumbre en el hogar...	132
7. Fue elevándose el sol hasta la altura...	134
8. Se desborda un torrente luminoso...	136
9. La tenue ráfaga del viento...	138

10. Hoy he encendido una candela...	140
11. Descendimos al pozo, al manantial...	142
12. Pasaste por mi vida fugazmente...	144
13. Aquel fuego furioso de tormenta...	146
14. El corazón de Dios es como un pozo...	148
15. Como estrellas perdidas en la noche...	150
 EL HOMBRE	152
Nacido de este barro germinal...	154
 Amén	156